



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Telégrafo LIBROJA.

Apartado 547.—Teléfono 1843.
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

ANGEL G. LUGEA

Agua-fuerte.

FERNANDO LUQUE

El caramillo.

JOAQUIN BELDA

Para lo que sirve el teléfono.

F. DE SOREL

Milagro de caridad.

A. BERMEJO DE LA RICA

¡No sabían besar!

F. GONZALEZ RIGABERT

Invocación.

TOVAR, DEMETRIO

Y AFRODITA

Varios dibujos y retratos de

Zaida y La Sylphe.

ZAIDA

Una preciosidad de cupletista

que ha de contar sus contratos por centenares.



5 céntimos

SECCION VERMOUTH

PARA escandalera gorda la que se ha armado en Florencia con motivo del sensacional descubrimiento hecho por la policía de una sociedad dedicada á la juerga en su más amplia manifestación.

Según el interesante relato de un diario de Roma, trátase de una agrupación de la que formaban parte hasta un centenar de aristócratas y burgueses adinerados, y

cuyo objeto era gozar de la vida todo lo que pudieran. Como se ve, el fin social no puede ser más lógico y no se explica cómo las autoridades italianas se dedican á corromperles la satisfacción á los socios de esa simpática asociación florentina.

«Estos libertinos acaudalados —dice el periódico romano del que recojo la noticia— no perdían ocasión para dedicarse á todo género de excesos, utilizando cuantos medios estaban á su alcance. Desde el engaño y la compra, aprovechándose de la miseria, hasta el rapto violento, han cometido una serie larguísima de atropellos en la persona de lindas jóvenes de diversas clases sociales, celebrando con orgías desenfrenadas las adquisiciones que hacían.

»En el Carnaval último desaparecieron de sus domicilios de Florencia y de varias aldeas próximas, hasta sesenta mujeres, algunas de ellas casadas y varias viudas, y está comprobado que las hicieron desaparecer ciertas individuos, dedicadas á esa infame industria, atrayéndolas con dádivas y promesas y haciéndolas caer en las redes de este grupo de sátiros, quienes para este sólo efecto tenían en las afueras de la hermosa ciudad un templo del vicio, en el que habían convertido un soberbio caserío de la propiedad de dos hermanos muy ricos que eran de los principales miembros de la lividinosa sociedad.

»En esa finca, que tiene como anejo un lindo bosque de enorme extensión, es donde han sido sorprendidos ahora en sus lúbricas expansiones unos cincuenta socios que llevaban allí encerrados desde hace ocho días, en unión de sesenta ó setenta mujeres, en su mayoría jóvenes de quince á veinte años que voluntaria ó forzosamente les hacían compañía, desarrollándose escenas del más vivo realismo principalmente durante las horas del día.

»Los aldeanos de las inmediaciones de la posesión, veían horrorizados cómo aquellos hombres y mujeres danzaban sin ropa alguna que cubriese sus carnes. Salvo algu-



Ella.—Sí, Juanito; las viudas semos muy desgraciadas porque conocemos la esencia de la vida y no podemos pa adearla, absorberla.

El.—¿Pero á usted le gusta paladearla?

nas guirnaldas de flores que algunas de ellas se ponían sobre los hombros mientras ellos adornaban su cabeza con una especie de corona de hojas.

»Cuando, en virtud de la denuncia de un pobre obrero, cuya hija había desaparecido de su casa, la policía entró por asalto en el jardín de la finca; la casi totalidad de los sorprendidos estaban completamente embriagados y otros se entregaban á escenas inenarrables en estas columnas.

»Lo curioso es que al ver á la policía protestaron indignados amenazando con acudir al juez, porque se había allanado en domicilio honrado, el de los hermanos dueños de la finca.

»No hizo caso el jefe de agentes de la autoridad y les interrogó sobre las causas de hallarse en tal estado, contestando que celebraban una fiesta exclusivamente artística: la fiesta de la salutación á la Primavera. Y que eso que habían hecho los griegos y los romanos, en los tiempos antiguos, podían hacerlo ellos con igual derecho.

»A pesar de esta explicación se les mandó vestir, lo que hicieron no sin grandes protestas, y todos, hombres y mujeres fueron conducidos á presencia del juez.

»Este comprobó que la mayoría de los detenidos eran gentes de alta posición social. Había entre ellos, cuatro duques, tres marqueses, seis banqueros y ocho diputados.

»Pero lo verdaderamente extraordinario es que entre las mujeres resultó que había siete damas conocidísimas de la sociedad

más escogida, las cuales se encontraban en el más lamentable estado de embriaguez produciendo un gran escándalo, pues se empeñaban en abrazar y besar al juez y al escribano, invitándoles á que saluda-



- ¿Y por qué regañaste con el viejo?
 —Porque habla mal de todo el mundo y eso me ha dado muchos disgustos con los amigos.
 —Hiciste bien porque viejo y me la lengua...

sen también como ellas la venida de la Primavera »

Tal es síntesis lo ocurrido.

Como comentario se me ocurre una barbaridad de cosas, pero no las consigno por

EL TANGO ARGENTINO



— La jomona.—¿Ve usted qué bien lo hacemos á pesar de que nos están mirando?

El.—Pero lo haríamos mucho mejor si no nos mirase nadie.

temor á que se sonrojen ustedes leyéndolas.

Sólo he de decir que lamento en el alma no ser aristócrata, ni banquero, ni siquiera diputado para organizar aquí otra sociedad dedicada á rendir culto al Arte recordando los tiempos de las fiestas paganas.

En seguida buscaríamos una finca de las afueras, con su correspondiente bosque y... á esperar á que nos trajesen bacantes. Admitiríamos todas las que estuviesen vacantes que ya nos encargaríamos de ocuparlas á todas saludando la venida de la Primavera.

Y no tengan ustedes ni la menor duda de que iba á ser una venida espléndida la que íbamos á conmemorar.

Un pequeño REPORTER

LA AGUA-FUERTE

Esta espada que veis recta y mohosa, brilló terrible sobre el pecho ardiente de una dama con ojos de serpiente, que por malaventura fué mi esposa.

Siniestro amanecer. Llegué á la puerta á tiempo que salía un embozado, que á mi se me antojara enmascarado á la agónica luz del alba incierta.

Vi á la hembra radiante de entusiasmo llamar al burlador en un espasmo, desnuda, entre las sábanas del lecho...

—¡Es el rey! ¡Es el rey, quien me de-
[gráda!

Y calló el corazón y habló la espada, buscando el lado izquierdo de su pecho.

Angel G. LUGEA



El viejo.—Ya ves que me pongo en razón; te doy dos mil pesetas mensuales si desistes de comprarle el perrito á tu amiga Lulú.

Como esperábamos, ha tenido buena acogida

“El torero trágico,”

¡Que se va á terminar!

EL CARAMILLO

(Suceso bucólico)

¡Ah, tú, Clytoris bella, la de la tez rosa, blanca y fresca como la aurora, la de los ojos azules como el cielo en el estío, la de las trenzas rubias como atillos de mies: ¿por qué arisca, escondes para mí tu gratísima presencia? ¿por qué no acudes, cual otras veces, al reclamo dulce, de mi dulce caramillo?...

Así se plañía el joven pastor Clorato, sentado sobre un canto llano, á la buena sombra de un pino verde, en la hora febricente de la siesta: esa hora impregnada de una supina voluptuosidad, en la que los humanos menos inflamables caen en una capciosa languidescencia y crece el «amor de amor», y se dilatan los cuerpos y se desarrolla todo, hasta el humor herpético...

Jeromo, el viejo cabrito, ¿qué digo? ¡cabrero, hombre! el viejo cabrero, tronco humano licenciado por el tiempo en achaques de amor, en oyendo tales quejas arriñóse al mozuelo y enredó con él este diálogo:

Jeromo.—Clorato, tierno amigo, ¿qué es eso? ¿qué te pasa? ¿á qué obedecen tus ayes? ¿de qué te dueles?

Clorato.—¡Ay, triste de mí! ¿Acaso no lo sabes? ¿Acaso no lo pregonan, entre gemidos, las fuentes, los riachuelos, las aves, las flores, los pilones, los mamíferos: mis amigos todos en este besquecillo, teatro de mi agonía y de la cruel ingratitud de mi amada?...

—¿Cómo? ¿Clytoris?...

—¡Sí, grato Jeromo, fiel camarada. Clytoris ha huido de mi lado y no ha vuelto!

—¡Retroncho! ¿La hiciste algo?

—¡Nada; nada; lo juro por Pan y sus hijos, los tiernos panecillos!

—¡Ah! Entonces, es natural su fuga.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes, pequeño Clorato. Tú eres inocente como un cordero lechal é ignoras los misterios del alma femenina. Vamos á ver ¿qué hacías tú cuando Clytoris, seguí la de sus ovejas, se sentaba junto á ti, entre la discreta umbria, sobre el césped invitativo?

—¡Oh! ¡Dulces momentos aquéllos! Yo me quedaba embobado al pronto, contemplando su belleza abundsa; luego observaba el balanceo de sus senos opíparos, duros y blancos, parecidos á quesos sin

par y también la color de su cutis, hecho como de sabrosa harina lacteada...

—¿Y ella? ¿Qué hacía ella?

—Ella, entornaba los ojos, suspiraba ambrosia y ponía las manos sobre el rega-



El viejo.—¡Bueno, ya pasó; desecha tu mal humor!

Blia.—Es que me ofendes creyendo que te quiero por el dinero que tienes.

zo: ¡palomillas en nido de pajas de oro!...

—¿Entonces, tú?...

—Entonces, yo, arrebatado por la pasión para sofocar cierto fuego interno, echaba mano á mi caramillo y... le tocaba, le tocaba... Hasta que venía la noche y nos se-

prometo que si obedeces mis consejos, Clytoris tornará á tu lado, y no se apartará de él en toda la vida.

—¡Jeromo! ¡Jeromo! ¡Eres mi padre! ¡Toma lo que quieras! (¡Qué clásico es todo esto!)

EN LA ZAPATERIA



La cliente.—Este zapato me gusta, pero me entra muy justo.

El dueño.—Pues yo creo que le entra bien.

La cliente.—¡Vaya, me irá usted á decir cómo me entra!

parábamós, regresando cada uno á nuestra cabaña respectiva.

—¡Ah! ¡Rústico bobo! ¡Torpe cabrerito! ¡Ahora comprendo por qué Clytoris ha huido de tí! Hizo bien.

—¡Válgame Ceres! ¿Es porque hice algo malo?

—¡No! ¡Es porque no lo hiciste!

—¡Sabio, amigo Jeromo, acórreme; dime cuál fué mi falta y dame el remedio para su reparo!

—Así lo haré, Clorato. No penes. Yo te

Siguiendo las inspiraciones del ladino Jeromo y siguiendo, á la par, un sendere festoneado de madre selvas é hijos bosques, por la falda «entravé» de una colina serrana, el ingenuo Clorato se encaminó á la cabaña de la bella Clytoris.

Llevaba un queso bajo un brazo, un canastillo de peras en la mano siniestra y el caramillo en... el sitio habitual.

Eran todos presentes con que pensaba recuperar la gracia de su amada y romper el velo de su inmotivado enojo.

Clytoris no estaba en la cabaña. Clorato dedujo que había salido. Era muy listo el tal Clorato.

Como consecuencia y como el ansia no le permitía tregua, obedeciendo siempre el consejo del anciano cabrero, depositó el pastorcillo su bagaje á la puerta de la rústica morada, escribiendo con una cañita en la parte superior del queso esta concisa leyenda: «Clytoris ingrata. Ven. Te espero donde ya sabes, al atardecer. Te dejaré tocar el caramillo. Tu Clorato.»

Y hecho y escrito esto, alejóse con el corazón esponjado. Sonriente.

—

La conocida dama del velo negro: la Noche se había enseñoreado, según su cotidiana costumbre, del bosquecillo todo. Susurraba el céfiro, cantaba el buho, reía la fontana... ¡ja, ja, ja!... y con la fontana reía el amigo Jeromo, que, oculto tras el follaje negrestino y aromático, contemplaba su obra.

Clytoris, la bella, la prestigiosa Clytoris, tocaba sin tregua el caramillo de Clorato: le chupaba con ansia, soplabla en él con fruición, le aporreaba con sus dedos monisimos...

Y al feliz cabrerito, mientras esto, relleno de inefable goce, se le iban las cabras, monte abajo...

Desde aquella noche, la linda pastora no abandonó jamás á su amante.

Digamos con Carcilaso: ¡A ver qué vida!

Fernando LUQUE



EN LA PERFUMERIA

El caballero.—Bien; la colonia, el jabón, la pomada, el elixir... ¿Está todo?

Ella.—Los polvos, señor marqués; se olvida de pagarme los polvos;

•



El viejo.—¡Qué loquilla más deliciosa eres; mereces ser la dueña del mundo!

Ella.—No, rico mío, me conformo con esa casa que tienes en la calle de Fuencarral.

Para lo que sirve el teléfono

Juanita, la simpática telefonista, de guardia hoy en la central, está nerviosa, muy nerviosa: ha reñido la noche antes con el novio, y aquella mañana ha tenido que empeñar dos pares de medias de seda para comprar un frasco de sales inglesas.

Juanita no sabe lo que se hace, ni se da cuenta de lo que hacen los que están á su lado; suena nerviosamente un timbre:

—Central... comunicación con mi tía.

—¿Quién es su tía de usted?

—El 77 777...

No puede ser: ese número es el de una fábrica de galletas.

—Es que mi tía es la encargada de...

—¿Qué dice usted? No se oye bien...

Hay un cruce: lo que ahora oye Juanita es lo siguiente:

—Sí, señora, la encargada de casa de Pepa la Rellená. El 69 690: se lo

estoy diciendo á usted hace dos horas.

—A mí no puede ser, porque acabo de ponerme al aparato.

—¡Ay Jesús! ¿Es que está usted de meses mayores?

—Oiga usted tía sucia: ¡sepa que soy soltera!

—Como gasta usted ese humor...

—Yo gasto...

Hay una breve interrupción de la corriente: cuando vuelve el fluido, Juanita por efecto de otro cruce, tiene que oír lo siguiente:

—Ahora no puede ser porque está ocupada.

—¿Quién?

—La marquesa.

—¡Atíza!

—¿Por qué dice usted atíza?

—No, por nada: usted disimule. Diga y con quién...

Hay otro cruce:

—Con el párroco de San Blas. Yo quisiera comunicación con el 13 12-22.

—Se ha mudado.

—Déjese usted de timos, y haga lo que



La vieja.—¿Verdad que todavís tengo buen ver?

El.—Según desde donde se la mire.

LA SYLPHE



Extraordinaria y aplaudidísima artista de la danza que debutó el día 1.º en el **Teatro Romea**, donde gracias á ella no ha dejado de contar por *Uenazos* las secciones el teatro de la calle de Carretas. ¡Bien por la Empresa en general, y en particular por su director artistico Jerónimo Gómez!

le mando. Soy el párroco de San Blas y deseo hablar con el secretario particular del administrador general del oficial mayor de la secretaría del señor Provicario general castrense.

—Voy, voy...

Suena de nuevo el timbre:

—Central: con el depósito de cadáveres.

—En seguida.

Otro cruce:

—¿Quién me llama?

—Yo hombre, ¿no me conoces?

—No recuerdo.

—Pues soy Damián.

Juanita al oír este nombre sufre un espasmo doloroso:

—¡Hola, Damián! Y ¿qué se te ofrece?

—Pues quisiera saber si entre los cadáveres que tenéis ahí hoy está el de Romualdo, ya sabes, el novio de la Fermina, que me dicen que se ha tirado anoche á...

—¿Cómo?

—A la calle de Segovia, desde lo más alto del Viaducto.

—Pues aquí no ha llegado todavía. Puede que se le haya hecho tarde.

—Lo decía para ir á darle el pésame á la Fermina y de paso ver si me arreglo con ella...

Juanita da un grito que hace estremecer á los hilos de la comunicación de provincias.

—Sí, porque no sé si sabrás que anoche tarifé con la Juanita, con la del teléfono. ¡Chico qué socia! Con ella no se puede vivir: como es tan histérica, se tiene siempre el alma en un hilo.

Juanita corta la comunicación con el depósito y empieza á increpar á su ex novio.

—¡Golfo! ¡Charrán! ¡Canalla! ¡Mal hombre! ¡Conque en un hilo, eh!...

Hay un nuevo cruce, y éste es más fatal que todos los anteriores: el ministro de la Gobernación que estaba comunicando con un senador vitalicio que le había pedido la cruz de Isabel la Católica libre de gastos, oye por el aparato lo siguiente:

—Conque la Fermina ¿eh? Ya te lo diré yo á ti y á ella.

—Señor Conde, juro á usted que yo no conozco á la Fermina... A mí quien me ha recomendado el asunto es...

Juanita cae al suelo desmayada: el timbre sigue sonando. Cuando sus compañeras acuden en su auxilio, una de ellas se



Una.—Estaría bueno que después de tanto correr no acudieran ellas á la cita.

La otra.—Pues mira, chica, procuraremos divertirnos las dos solitas, que á falta de pan, buenas son tortas.

lanza al aparato y puede recoger llena de pudores estas palabras:

—Todo eso es fingido: dará á luz antes de doce horas.

Había habido un nuevo y definitivo cruce con la casa de la Maternidad.

Joaquín BELDA

Milagro de caridad

Por todas partes me cercaron los horrores del sepulcro: por todas partes vi lazos armados para quitarme la vida David: Salmo XVII v. v. 6.

Llegó extenuado, desfallecido Harapos eran las vestiduras que mal cubrían su cuerpo falto de limpieza; harapos que el barro de los caminos había salpicado.

En su rostro, ennegrecido por el sol del desierto, dibujábase la trágica mueca del hambre y del sufrimiento.

Flotaba al aire su enmarañada melena, y en la barba nazarena se iniciaba un surco de plata.

Golpeó con desaliento la puerta que guardaba un fiero mastín, y tímido, balbuciente, demandó hospitalidad al corpulento negro del Danubio que descorriendo los pesados cerrojos le dejó franco el peristilo.

El criado le acompañó á presencia del dueño de la casa, el patriarca Jecomias, venerable anciano de barbas blancas y ojos dulzones en el mirar, que con sus tres hijas se hallaba entregado á los rezos de la noche.

Saludó humilde y avergonzado; arrodillóse, y besó con unción la túnica del patriarca.

—¡Señor, señor!—murmuró dolorido—. Vengo hambriento; hace días que tan sólo como miserables verbajos.

¡Señor, señor! Vengo sediento, que en mi largo camino tan sólo he probado aguas turbias, encharcadas y de sabor amargo.

¡Señor, señor! Vengo fatigado, que ha tiempo duermo bajo la infinita techumbre de las estrellas, reclinando mi cabeza sobre la dura roca ó el tronco carcomido...

—¡Levántate!—ordenó Jecomias—. No sé quién eres, ni de dónde vienes, pero que mis criados te sirvan los más exquisitos manjares y escancien en tu copa vinos que tengan la rojez de la sangre y el oro de los trigales maduros. Y en mi lecho de rico cedro del Libano, hallarás descanso á tus fatigas.

Comió y bebió hasta reparar sus agotadas fuerzas.

Luego, tembloroso y conmovido, lagrimeando sus ojos negros, así habló:

—¡Gracias, gracias, señor! Vuestros labios son los primeros que me dicen una

palabra cariñosa; vuestros brazos son los primeros que se abren para acogerme caritativos. ¡Gracias, gracias, señor!

No sé si soy un paria ó soy un maldito; no sé si han de devorar mis carnes ulceradas fieras del desierto ó si han de castigarme el látigo cruelmente flagelador de los hombres que me persiguen.

Hambriento y descorazonado vengo de lejanas tierras expiando mi pecado en esta dolorosa peregrinación.

Errante he caminado por las tierras arenosas de Gaya, Tafta y Achdod; sediento he cruzado el desierto bajo un sol de fuego y he descansado unos momentos al amparo de las corpulentas encinas del oasis de Ramlleh.

Mis lacerados pies han pisado las verdes campiñas y los fértiles campos de Giscala y Nazareth, y se han bañado en las inquietas aguas del lago Asfaltites.

He atravesado cansino la Idumea, Judea y el barranco Hisman, y he paseado

por las solitarias orillas del Mar Muerto.

Fatigado, sangrando mis pies, he ascendido hasta las cumbres de los montes Carmelo, Escopo, Ebol y Garizim.

Conozco las llanuras de Filistea y de Sarón. He mendigado por las astrosas calles de Arad, Betsaida, Tiberiades y de la Ciudad Santa y he lavado mi cuerpo en el Jordán, en el Jabbok y en el Yarmuk.

He descansado en los valles de Cedrón, de Josafat y bajo los olivos de las colinas de Bezeta.

Con el aceite balsámico del Zakkum, he curado mis heridas y mis lagas; he aspirado para adormecerme el intenso perfume del Shtar, y los granados, los nogales y las higueras de los huertos de Magdala hánme dado sus frutos para alimentarme.

En una cálida mañana visité el Cenáculo del monte Sión, la tumba de David y rezé en el sagrado huerto de Getsemani. Al atardecer, me refugié en las grutas de Jeremías que fueron mi albergue



Demetrio

Ella.—¡Bruto, animal; no olvidaré nunca que me has pegado como se pega á una mula, y por una insignificancia!

El (gritando).—¡No digas eso ó te pego otra vez! Así que no lo vi á él por el ojo de la cerradura. ¡Y re diez con la insignificancia!

aquella noche en que la tierra ardorosa quemaba mis descalzos pies...

Y así voy huyendo siempre de una sombra fatídica que me persigue, que en mis horas de sueño atenaza mi garganta, hierve mis carnes y ciega mis ojos.

No sé lo que es amor. No he visto nun-



El. —Adiós Rosite, y que haga usted las paces con su marido.

Ella. —¿Con mi marido?

El. —Sí; me han dicho que ha regañado con su marido.

Ella. —¡Ca, no señor; si con quien estoy enfadada es con un amigo de mi marido!

ca mis ojos reflejados en los de la amada, ni unas manos blancas como lirios en flor han acariciado mis revueltos cabellos. Como de un leproso se han apartado siempre de mí las mujeres.

¡Soy un paria, soy un maldito que por los lugares santos ha buscado afanoso el bálsamo que cure las heridas que en mi alma ha desgarrado el pecado!>

Lloró compungido, amargamente...

Jecomias, el venerable anciano de barbas blancas y ojos dulzones en el mirar, abrazó al desharapado, y con voz clara y serena así habló:

—No sé quién eres ni de dónde vienes. Peregrino que has dejado la sangrienta huella de tus lacerados pies por tierras santas; escoge una de mis bellas hijas; ella calmará por una vez tu sed de caricias, tu hambre de amor...

F. DE SOREL

¿NO SABIAN BESARI?

Se aburría enorme, soberana, terriblemente. Habíase aburrido por la mañana mientras le hacían la toilette frente al espejo de tres lunas biseladas, pensando no habrían de deshacerse del modo que ella ansiaba; se aburría ahora echada atrás, en el auto, junto á su amante que, esúpidamente —antojábale— fumaba egipcios con la vista perdida carretera adelante; se aburriría después en el baile ceremonioso de la duquesa de Perti, al cual había sido invitada *por no chocar*, escandalizada la anciana duquesa por las alegres aventuras de ella.

Llevaba el *spleen* dentro de sí y hacíale ininterrumpida *compaña*.

Marchaba el auto, en tanto, camino de Puerta de Hierro. Los merenderos de la Bombilla rebosaban gentío que acudía á este alfoz madrileño en busca de una tarde de alegría y respiro tras el laborar penoso de la semana entera. Desgranaban los chillones organillos su música bulliciosa, pícaresca, sensual, á ratos, como la habanera que dejábase oír del fondo de Niza, y bailaban lentos, á sus acordes, las reinas de la aguja y los príncipes de la grey estudiantil, mientras, más abajo, en el Campo del Recreo, unos horteras entonaban infatigables:

¡Tápame, tápame, tápame!

Sintió envidia la marquesita de los rutilo cabellos y sus ojos de negro terciopelo con fulgencias violeta tuvieron tal expresión que el gallardo amante, habiéndolo notado, dijo interrogativo:

—¿Bajamos?

Le odió. Soñaba en aquel instante que habíase trocado en modistilla y bailaba con pícaro estudiante que pareciese muchísimo á su Rafael, á su amante zantepe-

núltimo? —¿trasantepenúltimo?— ¡no recordaba!— á él sí, más no á los que siguiéronle; pareciase, sí, á aquel Rafael, tan diferente de este Luis, actual amante, y de Manolo Escarza el sportman distinguido y de Juan Lorenzo, su propio *chauffer* con el que había tenido una semana de intimidad un poco encaprichada ella de los dientes blancos, prodigiosamente blancos de su servidor. Y al pensarlo miró y le vió vuelto hacia el interior del coche contemplándoia en mirada que era súplica de amor.

Cesó de mirarlo. Le molestaba la adoración muda, la persecución de los ojos verdes siempre fijos en ella. Se había hastiado de él á los dos días: no sabía ¡con aquella boca tan bonita!, besar: eran sus besos de una torpeza, de una inocencia pueril y, además, en los momentos pasionales tornábase mudo, incapaz de proferir ninguna de aquellas palabras sutiles, embriagadoras, que trastornaban sus entrañas y que decía su loco Rafael.

Evocó, mientras mordisqueaba una flor cogida del lindo búcaro del auto, sus relaciones con él. Le conoció en casa de la duquesa de Orbayo; estaba arrogante con su

uniforme de Húsares de la Princesa y sus ojos negros, profundos, ensoñadores y cariciosos. que miraban como al desgaire, cual si vinieran sus miradas pasando por cima de algo lentano é ignoto. Le quiso desde aquella noche, y en la red de sus nervios que semejaban creados única y exclusivamente para el placer sexual, sintió la llamarada del deseo quemándola, abrasándola, inextinguible. Coqueteó locamente toda la noche, mostrándosele en su belleza esplendorosa, fácil, muy fácil de conquistar. Y el triunfo al fin. ¡Y qué gloria viva su Rafael! Como pudo con él comprobar lo que la tan experta baronesa de Jávara le dijera una noche, dos años atrás: «Hija te aburre porque hay pocos, muy pocos hombres que sepan besar». Ciertísimo: ni los amantes anteriores á él ni los que siguiéronle habían sabido besarla. ¿Cuándo había vuelto á experimentar la sensación deleitosísima de aquel beso?... No, uno no, de aquella cadena de besos, ¡tampoco! ¡bien!.. : de aquel único beso que era á la vez muchos besos y que comenzaba tibio, suave. apenas rozándole los labios y que iba creciendo como una marea, como una inundación de mara-

LA MONA.

¿Si, eh?

El Oso.

Ya lo ve.

Porque más bonita no la hay en *Madrid*.

LA MONA.

¡Ah, sí?

El Oso.

Hasta allí.

Y, si usted no quiere que yo la asesine, hágame el obs-quio de venir á un cine y allí escuchará unas cuantas frases que quiero decirle en la *obscuridá*.

LA MONA.

Pues vamos allá.

(Hab'ado sobre la música).

Señora Girafa: el señor Oso quiere que veamos unas películas. ¿Vamos?

CUADRO CUARTO

(Telón blanco de cinematógrafo, en el que se proyectan varias caricaturas de *Tovar*, «*Cyrano*» y *Demetrio*).

(Mutación y luz).

CUADRO ÚLTIMO

(Decoración á todo foro, representando un «hall» hermosísimo y artísticamente decorado con alegorías de fábulas de *Esopo*, *Petro*, *Samaniego*, *Ir arte*, *La fontaine*. Mucha luz. En el centro un trasto figurando la cabeza de LA HOJA DE PARRA. En otro lugar de la escena donde lo lea bien el público, un cartel que diga:

Fábulas inmorales.

Concurso abierto por

LA HOJA DE PARRA

villa, hasta adentrarse en toda la boca juntos los dientes, unidas las encías, para luego decrecer, lánguidamente, lentamente, con lentitud de gloria hasta morir en una casi imperceptible succión de los labios? ¡Aquel beso que la dejaba rendida, agotada, con agotamiento inefablemente dichoso! ¿Y el otro junto al sonrosado lóbulo de la oreja? ¿Y?...

Le interrumpió en sus remembranzas la parada brusca, seca, del auto á la entrada del puente de San Fernando; un rebaño que cruzaba, roncero, impedía el paso. Miró y la mirada del *chauffer* seguía fija en ella molestísima, Luis no reparaba, idiota, en aquel mirar. Odió á los dos.

Subían ahora la Cuesta de las Pedices á toda marcha. Resolvía. Tendría que despedir al *chauffer*; se le hacía inaguantable su vista con su boca chiquitita y sus dientes lechosos.

Ya en lo alto, pararon, porque á Luis lo llamaban desde otro auto y se apeó y fué á ver lo que querían. Aprovechó la ocasión el *chauffer*:

—Angela —sea usted buena— sé buena por Dios. ¡Mira que me matas!

Fué primero sorpresa, indignación, después, risa al fin.

—¡Bah, Juan! Dé la vuelta: volvemos ya á Madrid.

—No, no te hagas la loca. No finjas. Mire que estoy loco.

Rió de nuevo ella con su risita argentina, cabrilleadora, melguera, cortante, incisiva, irónica.

—Que esté loco no lo dudo cuando se atreve á decir lo que dice.

Sintió él desplomarse sus esperanzas, todas sus ilusiones en un dolor inmenso eual si le martillearan el corazón, y cambió su voz:

—Pues bien si, estoy loco, y como lo estoy no se lo que haré. Tal vez matarte y matarme.

—¡Las novelas por entregas que debe usted haber leído!

Se apoderó de él un deseo irrefrenable de apretarle la garganta para que dejara de reír; sino que volvía Luis, y calló.

Volvieron por la carretera del Pardo. Juan, el *chauffer* despreciado, volvió el rostro por ver á la que le atormentaba y pudo verla en el preciso instante en que

EL CURIOSO LECTOR.

(Entrando). Buenos días. (Ligera pausa). He dicho que buenos días. (Idem). ¿No c... en esta nadie?... Pues son ustedes unos animales. (Al hacer un ademán defensivo, como si temiera una agresión, repara en las figuras que le rodean). ¡Anda, Dios! ¡Pues sí que son unos animales!

LA VIEJA DEL TÍTULO.

(Asomando la cabeza por el dibujo). Aquí, no hay más ania, al que tú.

EL CURIOSO LECTOR.

¿Eh? ¡Pero también por aquí, doña Merluza?

LA VIEJA DEL TÍTULO.

¡Naturalmente. Mi periódico ha abierto un concurso de Fábula inmorales y empiezan hoy á desfilar ante mi vista. ¿Traes tú alguna?

EL CURIOSO LECTOR.

Ni me día. Yo he venido aquí de amateur.

LA VIEJA DEL TÍTULO.

Pues siéntate; y quitécete, si no quieres que te convierta en camello. (Desaparece la cabeza).

EL CURIOSO LECTOR.

Se agradece el osequio y me inmovilizo. (En el lugar más adecuado aparece otro rótulo que dice: «Fábula 1.ª [El oso, la mona y la girafa]»).

EL CURIOSO LECTOR.

(Leyendo). El oso, la mona y la girafa.

MÚSICA

(Sale, andando rítmicamente, LA GIRafa personificada por una institutriz inglesa. Detrás, sale LA MONA, que es una linda adolescente, con vitola de buena familia, anda con pasitos menudos y vivos. Tras ésta, sale un jovenzuelo haciendo El Oso).

El Oso.

Hace cuatro días que la sigo á usted.

dábale Luis —que había dejado de fumar— un beso, á plena boca.

No pudo más: fué como si algo muy pesado, inmensamente cruel, cayera sobre su corazón. Apretó la marcha del coche y comenzó una carrera loca, fatal, indescriptible, homicida y suicida á la par y al distinguir un árbol de robustísimo tronco enfiló á él el auto con máximum de velocidad.

Un golpetazo espantoso, horrendo, y un



Ella.—¿Será usted capaz de hacer todas esas cosas?

El.—.....

Ella.—Conforme; esta noche lo veremos.

montón de herrumbres humeantes constituyó todo. Junto al árbol el cadáver inidentificable del *chauffer*, roto el cráneo, roto el tronco, rotas las extremidades; más allá, en la cuneta, el pobre Luis, boca abajo, tinto en sangre, expiraba; y aún más lejos, en pie, señora, inexplicablemente ídemne, Angela, un poco pálida, arreglaba sus ropas desordenadas y sucias.

Avanzó junto á los restos de sus ex amantes, y pronunció á guisa de único comentario:

—¡Si me descuido!... ¡Qué bruto!... ¡Bah, después de todo! ¡Ninguno sabía besar!

A. BERMEJO DE LA RICA

INVOCACIÓN

Venid á mí, recuerdos del pasado, amores locos de mujeres locas, besos mil recibidos de mil bocas que con pasión frenética he besado.

Venid á mí, noches de luna, aquellas dichosas noches que viví soñando; venid á mí; que siga yo escuchando promesas falsas de las falsas bellas.

Venid á mí, embriagueces ya olvidadas; del rojo vino en copas transparentes quiero beber y recordar pasadas noches de amor, que rápidas huyeron; venid, mujeres; que los labios míos gusten los besos que tan gratos fueron.

F. GONZALEZ-RIGABERT

Leed en EL LIBRO POPULAR

La caída de Isabel II

novela completa por

CARLOS MIRANDA

20 céntimos

PABLO CUESTA

Se encarga del reparto de periódicos y revistas dando toda clase de garantías. Además de otras revistas reparte actualmente *El Libro Popular* y *LA HOJA DE PARRA*. Para pedidos de *El torero trágico*, escribid directamente á **Pablo Cuesta**, **Tres Cruces, 4, tienda.**

EL FENÓMENO

sigue bien desde que compra gomas irrompibles de las mejores marcas que vende

La Inglesa

San Vicente, 164, Valencia.

Catálogo gratis enviando sello.

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIP Y COMPAÑIA
RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones(S.A.) ESPAÑA

Un consejo á las señoras

que parecen de rubicundeces, lupus, etc. Tomar todos los días un Papel Yhomar disuelto en un vaso de leche ó agua muy azucarada, y desaparecer en esos defectos que afean el cutis y teniendo constancia obtendréis una piel fina, tersa y delicada como pétalos de rosa. *Gayoso*, Madrid; *Gamit*, Valencia, y en las principales farmacias bien surtidas.

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, &, viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA y EL LIBRO POPULAR.

Francisco Pastor, Jacometrezo, 1, 2.º

OBRAS DE LUIS ESTESO

Cincuenta monólogos verdes, una peseta. ad

Alaridos eróticos.	1 ptas.	La reata humana.	2 ptas.
Cartas para todos.	0,50 >	Entremeses	1 >
Quince romances en chufia	0,50 >	Viaje cómico por España	1 >
Mo. ó ojos picarescos.	0,50 >	Chascarrills y epigramas.	0,50 >
Cartas amorosas	0,50 >	Vida de B. l monte y algo más.	0,50 >
Para que rian las mujeres.	0,50 >	Joselito tiene miedo.	0,50 >
Los caminos del amor.	0,50 >	La República del Común.	0,30 >
Diálogos d'l teatro.	0,20 >	Maleagueñas y cantares	0,20 >

PEDIDOS A FERNANDO FE, PUERTA DEL SOL, 15, MADRID

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, diríjense ÚNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.